



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11140

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 22 DE DICIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAÑANA SALE

¿Quénes serán los candidatos?

Por el momento, todos. Pasada esta noche unos cuantos individuos que estarán tan agenos de que mañana publicarán sus nombres los periódicos y nos dirán donde viven, en qué se ocupan, como duermen y otros detalles tan importantes como los ya dichos.

La verdad es que un hombre que se encuentra de un golpe con tres millones de pesetas es bicho raro que merece los honores de la publicidad.

¿Quién será el agraciado? ¿Quién será el candidato al premio y a las miradas de toda España? No tardará en designarlo la fortuna loca para excitar la envidia de los perdidosos.

Esto del premio gordo hay que tomarlo con filosofía. Bueno es que nos hagamos ilusiones respecto á lo que influiría en nuestra suerte el hacer blanco con el durrejo que hemos echado a la suerte; pero no se debe pasar de ahí, porque lo más probable es que le caiga al vecino. ¡Son tantos a jugar!

—¡Si me cayera el gordo!—exclaman cada uno de los que juegan. Y a partir de esa frase que es hoy por hoy la pesadilla de España é islas adyacentes inclusive, se desata la fantasta y edificia aloca da castillos en el aire, de construcción tan débil, que fabricados el día de Santo Tomás, se derrumban la víspera de la Noche-buena por la tarde.

Si fuésemos á calcular el número de palacios que ha edificado ya el pensamiento con el premio mayor de la lotería de Navidad..... Cada interesado en la jugada se ha hecho uno y ha metido dentro el coche de rigor y los caballos correspondientes al vehículo.

Después..... ¡oh! después se ha

lanzado á la primera estación férrea que ha encontrado al paso, se ha metido en un coche salon y al presente se encuentra viajando á lo grande, después de visitar la Exposición de París que se verificará en 1900.

Y ese viaje no puede terminar bien. Camina el tren del deseo con tanta velocidad sobre los rails, que apenas los toca, y amenaza escaparse por la tangente en el momento que se encorve la vía.

Ya lo verán ustedes; el descarrilamiento es inminente; se avecina una catástrofe horrorosa; del golpe vamos á retroceder días y meses, y va á haber individuo que embebecido en la contemplación de las Cataratas del Niágara ó de las pirámides de Egipto, despierte de su embobamiento en el Almarjal ó en San Anton.

Después de todo hay que convenir en una cosa. Al que sueña hoy grandezas le cuesta su dinero; y aunque se lleve un desengaño luego, que le quite el bailado.

Felices mortales á quienes la fortuna sorprenderá dentro de poco; reíbid por adelantado nuestra enhorabuena.

(Qué chasco si esta felicitación nos cogiera de lleno).

Amén.

TIJERETAZOS

La raza de los traidores no se agota, sino toma vuelo y se extiende.

Ahora, reolentemente, ha resultado en el ejército francés un nuevo judas en forma de soldado.

La justicia militar le ha echado el guante; pero ocurre con eso de las traiciones lo que con las cerezas: se coje una y salen enredadas otras.

Lo mismo ha ocurrido con el soldado traidor; al ir á separarle, se ha llevado detrás á un brigadier.

La cosa no tiene malicia que digamos.

Leemos:

«El problema filipino preocupa mucho el espíritu de los americanos.»

¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia? ¿Volverán á nosotros las Filipinas?

¿No?

Pues allá se las vean yankis y tagalos, que no está bien que nos preocupen las cosas del vecino cuando tanto nos deben llamar las nuestras la atención.

Dice «El Ejército Español»:

«Se dice que mañana se fijará un bando del gobierno civil, recomendando á los vecinos de Madrid el uso del revólver.»

Todo en vista de los atracos.

Y en vista de la poca vigilancia.»

En broma lo dice el colega pero hace mucha falta ese bando.

Ya que no se nos garantiza la propiedad y la vida, que se nos autorice para defendernos.

Pero antes, que nos devuelvan el dinero que pagamos para vivir seguros y no gozar un instante de reposo.

El gobierno americano ha recordado á los cubanos la dependencia en que están.

Y los cubanos han apretado los puños mirando de rojo á los yankis.

¡Venga de ahí!

Siempre he creído que al traspasar á los Estados Unidos nuestra soberanía, en Cuba le traspasábamos también una guerra civil á corto plazo.

Mr. Taylor, aquel embajador yanki que tuvimos en España antes de Woodford, dice que lo hecho por sus compatriotas resulta odioso en demasía.

Cuando ese hombre, que ha probado en mil ocasiones no ser caballero, se expresa así, ¿qué concepto merecerá á las personas dignas y decentes el proceder de los criticados por él?

El niño de la gorrita de color de fuego

(Párrafos de la memoria de un solterón)

¡Extraños contrastes los de las cosas! ¿Qué había de decir que un mozo

miento de curiosidad pueril, mezclado en su principio con algo de burlesca extrañeza, había de terminar por convertirse, como me han conmovido hasta las entrañas las palabras de esa mujer del pueblo?

Porque en rigor de verdad, y fuerza es confesarlo sinceramente, la primera vez que frente á mí vi sentada en el tranvía á la tal mujer, con su muñeco, como ella vestido miserablemente y cubierta su cabecita menuda con una llamante gorra de raso grana de tono tan vivo que ofendía los ojos, sentí algo como tentación de risa, así como por lo dispartado del color como por el contraste que ofrecía aquella prenda, relativamente rica, con lo pobrísimo de las demás que cubrían el cuerpo del chiqueto.

La prudencia paralizó mis labios y libréme de la tentación de reír; pero, de chanza ó de veras, apoderóse de mí tal curiosidad por conocer qué señora ó locura había inducido á la mujer aquella á encerrar la pequeña cabeza de la criatura en aquella gorra de color tan encendido como la llama que, después de muchos días de refrenar aquella curiosidad, hoy pudo ella, más que yo, y entre indiscreto y atrevido, lancéme á preguntarlo á la mujer misma. Y cómo me he arrepentido de mi remota tentación de risa!

La pobre mujer para ganarse el pan ha de trabajar en casa ajena. Como es viuda y sola, con su hijo, el niño de la gorrita roja, ha de llevarlo consigo, y gracias á las buenas personas que la ocupan que le toleran tenerlo sentado á su lado, está despierto, y que lo acueste en un rincón si se duerme. El alimento no es mucho y el cui lado poco. ¿Cómo ha de estar el niño? Cada vez más raquítico, cada vez más pálido.

Llegó un día en que su palidez daba á la madre tristeza, mucha tristeza. Y entonces discurrió algo así como un artificio para engañarse á sí misma, y aun para que á las gentes no pareciera el hijo de sus entrañas tan paliducho y enteco. Reunió algunas monedas, compró una tira de raso rojo del más vivo que halló, y velando una noche junto á la cuna, le hizo ese gorro que presta matices rosados al enfermizo rostro del pobre niño.

El relato me ha dejado impresión viva y tristísima. ¡Cuánta ternura! ¡Cuán-

to amor maternal simboliza la gorrita de color de fuego de que tantos y tantos como yo se habrán sentido tentados de reír!

Dicen los diarios que reinó la alegría en el baile de anoche. ¡Pchs! ni el torbellino del vals, ni el bullicio de la mascarada, ni el mareo del vino dieron á mi cansado espíritu ocasión para que saliese de su estado de indiferencia y casi total insensibilidad. En cambio, cuando he saltado hoy del lecho y mis ojos se encontraban con el espejo, dióme miedo y horror de contemplar mi rostro surcado por dos líneas moradas profundas, vestido todo él de una palidez terrosa, cadavérica, horrible, en fin.

Sin querer me he acordado de una memoria antigua: del niño de la gorrita de color de fuego, de la criatura feliz, para quien un corazón amante buscó aquel ingenioso artificio; y sin querer también sentíme débil como el niño y temblé de frío... de frío y de soledad.

Rafael SANTOS.

FILIPINAS

Investigación yanki

El corresponsal del «Herald» en Manila ayudado por varios agentes americanos, ha practicado una investigación en Filipinas por orden de los directores del periódico franco-ruso.

El corresponsal ha hecho gestiones en tal sentido, no sólo sobre la actitud de los filipinos hacia los yankis, sino también sobre el régimen que creen los oficiales del ejército y de la marina americana que se debe aplicar en Filipinas.

Comienza asegurando que los Insurrectos están bien armados pero que la mayor parte de ellos, indignos sin ninguna instrucción, son contrarios en absoluto al protectorado de los Estados Unidos y á cualquier género de gobierno legal.

Los individuos ilustrados que figuran entre las filas rebeldes aseguran que se han atestado á la fuerza y que están descontentos del pequeño sueldo que se les dá y de los alimentos que reciben.

Después de un estudio completo de la

perder la cabeza: qué, ¿sería la primera señora noble y rica que se volviese loca por mí? Yo he nacido para mucho, me lo da el corazón; y esa real hembra será mi fortuna.

XIV

Lo que sentía, pues, Perico Perea eran unos rabiosos celos, y amenazaba, estrujaba, martirizaba al pobre Marcos Calderon para que le dijese quien era el que había enviado aquella carta á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Estaba ya Marcos Calderon como quien dice agonizando, cuando sonó un golpe brusco á la puerta del cuarto.

Perico la abrió con cólera, porque el golpe había sido uno de esos golpes que tienen todo el carácter de amenaza.

Pommeferre se entró de rondón.

Miró de alto á bajo á Perico, con una mirada de desprecio y de amenaza irritante, tal como de puntapié ó azote, y le dijo de la manera mas insolente y mas depresiva del mundo:

—¿Eres tú el tunantuelo que te has atrevido á llenar de sangre la preciosa boca de mi querida?

Perico Perea era un gato, y avanzó mudo, pálido,

tembloroso de cólera, en ademán de dar una bofetada á Pommeferre.

Pero antes de que pudiese llegar á él, se encontró lanzado contra la pared de un vigoroso puntapié.

El picardo era demasiado raton para aquel gato.

Inútil es decir que en cuanto vió la puerta abierta, el menguado de Marcos Calderon escapó.

XV

—¡Ah! exclamó Pedro Perea, abalanzándose á una espada que había en un rincón y cogiendo una capilla corta de ronda: te voy á matar: echa adelante y no pares hasta donde no pueda vernos nadie.

Pommeferre conoció que Perico le seguiría hasta la fin del mundo, y sin contestar una palabra salió del cuarto en paso rápido y norvioso, y Perico le siguió, dejando la puerta abierta.

Salieron del alcázar: Pommeferre delante, Perea detrás.

Pommeferre tomó hacia Caballerizas, pasó el arco, salió por el postigo de Segovia, atravesó la Tela, el puente, tomó á lo largo del río contra la corriente y se metió entre los árboles.

Cuando hubo andado algún espacio, se detuvo.

Redobló sus gritos. Al fin apareció un guardabosque de la real casa, porque aquella alameda pertenecía al patrimonio real.

—¡Ah! ¡vos no me abandonareis! exclamó el paje: quien me ha herido ha sido Antolin Pommeferre, lacayo de Mr. Horacio Prevauz de la Chamriere, gentilhombre de su majestad.

—¡Diablo, diablo! dijo el guardabosque; pues no quisiera yo estar en el pellejo de Pommeferre, porque tú te mueros, muchacho; vaya si te mueres, como mi abuelo.

—Pues bien, socorredme, á fin de que no muera sin confesión, dijo Perea, cayendo desvanecido por el terror y por la pérdida de la sangre.

—A eso vamos, dijo el guardabosque

Y tocó un silbato.

Poco despues acudieron otros dos guardabosques.

—A ver, amigos, como llevamos á este pobre que le han malherido á la casilla, y se avisa al instante al alcázar: es un paje de la servidumbre; no hay mas que verle la librea: es de la señora princesa de Tilly; vamos, llevadte vosotros á la casilla, que yo voy á escapé al alcázar.